

# LO BAROJIANO Y SU MISTERIO

Por Dámaso SANTOS

La varia y filial concurrencia que el pasado miércoles asistía a la charla y lectura poética de Dámaso Alonso —tan varia, que había jóvenes barbudos y monjitas— me inundaba a mí, y seguramente que a otros muchos, de esa emoción de saber que tenemos en nuestras letras figuras respetadas con fuerza de convocatoria general.

Hemos vivido unos años, los últimos de anteguerra y buena parte de posguerra —y a ello se ha referido repetidas veces Julián Marias—, en que las juventudes estudiosas, los escritores y artistas, los buenos aficionados a las letras nos sentíamos como paternalmente protegidos, arraigados con poderosas raíces en ese sobremundo del pensamiento y la creación por la presencia viva, cada día más decaída, pero más impresionante, de los grandes de dos generaciones de quienes ya no quedan en pie sino Menéndez Pidal —en pasmosa lozania de mente y de obra— y Azorín, como una esbelta sombra de sí mismo. Han sido hombres —Benavente, Baroja, Manuel Machado, Pérez de Ayala, Ortega, D'Ors, Marañón y los antes citados— que han estado entre nosotros —y si alguno se fue, volvió más pronto o más tarde— presidiendo el campo de las inquietudes y dando hasta que han podido, y cuando no con el gesto, ejemplo de laboriosidad, de integridad intelectual, de serenidad ante la adhesión o la crítica. ¡Cuán satisfactorio es que otros vayan ocupando sus lugares con la misma grandeza, con tan fervorosa audiencia, sin que en ella intervengan otros motivos que los de la pura admiración y reconocido magisterio!

Un caso muy particular de esta aureolada senectud fue Pío Baroja, muerto al acabar octubre de 1956. Desde bastantes años atrás —incluso los últimos de anteguerra— pocos de entre sus libros ofrecían un interés especial, y, sin embargo, arreciaba por momentos la admiración por su figura literaria y por su personalidad humana cada vez más reducida a unas palabras sueltas, unos gestos, la simple fisonomía con algún rastro de su genio y figura. ¿A qué se debía todo esto?

Yo me aventuro a creer que lo que buscábamos en él era el secreto de lo barojiano. No deja de ser significativo —por lo que representa un afán general— que el joven escritor Marino Gómez Santos se brindara a ser su secretario, tanto movido del afecto y la admiración como de esa intención de expresar en la convivencia del maestro lo que nadie había dicho todavía de él, o comprobar si lo dicho se acercaba o se alejaba de la realidad. Así como de otros lo que se dijera, aunque fuera contradictorio —de Galdós o de Azorín, por ejemplo—, no pedía sino aumento, matización y nuevas observaciones, lo problemático de Baroja era el mismo Baroja. Reconocida su personalidad, su decisiva influencia en la nueva narrativa, lo barojiano, de clara mente personal, nos ha parecido siempre arcano. Sabemos que no son satisfactorias las diversas interpretaciones de su obra —impulsadas por aquella enérgica y primera de Ortega que acuñó los adjetivos que le hemos tributado, y por las constantes y fervorosas glosas de Azorín—, salvo en el reconocimiento general a su lirismo y a su naturalidad estilística.

No ha dejado de ser fascinantemente sospechoso que Baroja haya sido ídolo por igual de los estilistas y los realistas, de los escépticos y los idealistas, y que los mayores dictérios y negaciones —muchas veces por los mismos libros— le hayan venido por igual de los opuestos campos ideológicos. Se ha hablado de su fuerza y naturalidad —desde Azorín y Ortega a Jarnés, Montes, Domenchina, Quiroga Pla, etcétera— y de su anemia espiritual, su falta de glóbulos rojos, como dice Sender; del revolucionarismo que se le atribuyera y del conservatismo burgués de que han hablado Juan Aparicio o Eugenio de Nora.

Tal vez esfuerzos como el de un número extraordinario de «Índice» y la antología exegética dirigida y publicada en dos tomos por Fernando Baeza, a fuerza de acumulación y de simultaneidad de opiniones, nos vayan aclarando.

¿Le ocurría, como de Velázquez nos descubre Ortega, que pintaba, que describía no volúmenes, no personas, sino oquedades, las cuyas errabundas? ¿Puede también decirse —siguiendo en lo posible el paralelismo— que fue el primero en escribir verdaderamente «en prosa»? Otros muchos más interrogantes nos plantearíamos. Los que seguiremos planteándonos. Los que nos llevaban con indecible admiración ante su humanidad vencida. Al día siguiente de su desaparición había una singular desesperación en muchos jóvenes. Se rompía definitivamente el hilo. El no nos hubiera dado nunca el ovillo. Pero mientras alentaba, nos parecía que lo barojiano se iluminaba con su boina, sus gestos, sus peculiares expresiones. Y verdaderamente se iluminaba. A medida que su recuerdo físico se desvanece, sus novelas se quedan en novelas. ¿Cómo y por qué resistirán?